

VIOLENCIA EN LA ADOLESCENCIA

UN CASO DE ASESINATO EJECUTADO POR RUGBIERS.

Por Clor. MARIA EMILIA HOLMBERG

PRESENTACIÓN

El conocido caso del “crimen de Villa Gesell” o de los “rugbiers asesinos” - como mediáticamente se los nombra - ha llamado mi atención y preocupación por entender la génesis y las causas que hicieron posible tan lamentable fenómeno social.

Mi padre fue Puma desde los 18 años, mis hijos y sobrinos han jugado al rugby, algunos han llegado a ser Pumas también. Mi nieto de 18 años es un feliz jugador de rugby, ama el deporte y todo lo que le brinda en el orden formativo, social y físico. A partir de este terrible caso, he mantenido con él largas charlas sobre las incumbencias y responsabilidades de los entrenadores, de las instituciones y de los clubes que forman a los jóvenes. Hemos hablado sobre la mística del deporte, la violencia, los dobles mensajes, el comportamiento grupal e individual, las creencias, los modelos recibidos, etc. Me han sorprendido las vivencias, opiniones y conceptos compartidos por mi nieto y mi hijo de 25 años, y el interés que han mostrado en escuchar mis relatos sobre cómo lo vivimos nosotros en nuestra juventud y la generación de mi padre.

A la luz de los contenidos teóricos vistos en la cátedra de Adolescencia he encontrado ideas y conceptos que me permitieron ir comprendiendo este triste y lamentable episodio y poder, desde el rol de Counselor, aportar mi grano de arena en la prevención.

También he tomado conceptos de algunos textos que he elegido sobre el tema, y de notas y publicaciones periodísticas.

Desarrollo y conceptos relevantes que hacen al caso.

Al ser un hecho de público conocimiento y amplia difusión, voy a omitir su descripción.

Los 10 integrantes del grupo de rugbiers, son jóvenes adolescentes que están atravesando por situaciones propias de su ciclo vital:

- **Una crisis de identidad**, que implica un grado de vulnerabilidad por ser un proceso de reorganización y de valoración de sí mismos.
- **Un proceso de maduración cerebral**, que presenta un **desfasaje** entre la maduración de las redes neuronales de su sistema límbico que controla las emociones, y las redes neuronales de la corteza prefrontal que controla los impulsos y el comportamiento juicioso, generando la posibilidad de comportamientos riesgosos o temerarios en los adolescentes.

Sobre las **creencias** sabemos que son generalizaciones a cerca de un aspecto de la realidad que son difíciles de destrabar porque hay una idea y un grado de certeza. Se obtienen de las experiencias vividas, de lo que leo y veo en los medios, de lo que imagino y de los modelos que he recibido. Hay una influencia cultural, económica y social en la construcción de las creencias.

Sobre los **valores** sabemos que son maneras de posicionarse frente a los temas de la vida y que nos llevan a priorizar determinadas maneras de actuar. Los más destacados en los adolescentes son la solidaridad y la amistad.

La definición de habilidades sociales que más rescato está: “La capacidad de relacionarnos con los demás de forma de conseguir un máximo de beneficios y un mínimo de consecuencias negativas”. Este concepto implica que las conductas de las personas y su forma de relacionarse entre sí para lograr algo, develan las creencias, emociones, pensamientos y actitudes que tienen siendo la calidad de las mismas fundamentales para lograr habilidades sociales.

Ahora, ¿qué pasó con este grupo de jóvenes?

Sabemos que todos los deportes llevan implícita la fuerza física, la agresividad, ciertas acciones violentas, pero ello no lleva necesariamente a casos de homicidio, por lo tanto, podemos pensar que en este caso hay otros factores que pueden haber incidido. El papel de las creencias y valores sobre la masculinidad, la violencia y el grupo han sido determinantes.

Ahora se sabe que estos chicos venían acumulando un historial de violencia desde la etapa escolar. Según Albert Bandura, en su Teoría del aprendizaje social, explica que la persona aprende la agresión a partir de dos factores: la observación de cuánto sirve la violencia para lograr un objetivo, y el aprendizaje frente a la reacción social, de confirmación o de castigo.

En el rugby parece haber consenso en el reconocimiento y apoyo o falta de castigo al comportamiento violento, por parte de entrenadores, padres, pares y público, pero no dentro del juego donde hay un árbitro que sanciona sino fuera del juego en sus actividades cotidianas. Mi nieto me cuenta que en los entrenamientos le sorprendía el doble mensaje de ciertos entrenadores cuando les relataban con orgullo las peleas a trompadas que se daban con los adversarios afuera del partido cuando andaban en patota, y al mismo tiempo los sermonean con valores de caballerosidad y respeto al adversario.

Agustin Pichot, ex capitán de Los Pumas y vicepresidente de la World Rugby, declara en una nota: “El rugby es un deporte de fuerza y agresión, pero eso no justifica que uno sea violento fuera de la cancha...tenemos que cambiar muchas cosas que culturalmente estaban aceptadas...somos responsables de los estereotipos que hemos permitido en nuestros clubes”.

Volviendo a las creencias, en lo referente a la violencia hay una relación con la idea de **masculinidad** que supone poseer, dominar, afirmarse agresivamente, ganar, y humillar a sus rivales para obtener poder y legitimar su masculinidad. El psicólogo Hugo Huberman sostiene que la masculinidad se construye en la relación con otros, y que los procesos de socialización se acentúan en los grupos.

Aquí aparece un factor clave que es la idea de **fraternidad de los grupos**, que si bien están formados por individuos, a la hora de actuar, éstos

se cohesionan, aflojando sus inhibiciones y exaltando el sentimiento de omnipotencia lo que induce a realizar ataques irracionales. En el caso de los rugbiers adolescentes predomina un valor de amistad y solidaridad negativo de los compañeros de equipo: si tocas a uno, los tocas a todos.

Anclados en un nivel **pre convencional** del desarrollo de su pensamiento moral, estos jóvenes presentan un déficit en la comprensión de las reglas y convenciones sociales, lo que los expone a cometer abusos y actos delictivos, transformándose en agresores seriales o “bullies”. Necesitan sentirse poderosos y han aprendido que la intimidación funciona (o es el único recurso que han aprendido). Han crecido en hogares donde el afecto y el respeto son escasos, ya sea por venir de un entorno violento donde impera el miedo, o por tener características muy permisivas con insuficiente supervisión de los adultos donde impera el abandono.

La acumulación de factores: el nivel pre convencional del grupo asociado a las creencias de competencia y el concepto de masculinidad, termina conformando un fenómeno nocivo y de alto riesgo tanto para sus integrantes como para los que no. El grupo lleva a hacer cosas que no harías solo, esto es consecuencia de la presión que ejerce en los integrantes, respecto de pertenecer o no. Quedar afuera es convertirse en una víctima más del grupo. Eso, precisamente, es lo que le sucedió al compañero que no fue a Villa Gesell con ellos, y que en represalia, acusaron de haber sido el que mató a Fernando.

En todo grupo hay individualidades, cada una carga con sus historias, experiencias, entornos y culturas personales. Es complejo saber en qué medida estos aspectos actuaron y se desarrollaron en cada uno de los rugbiers en particular, pero a la luz del comportamiento es posible inferir ciertas pistas que revelan que hay responsabilidades paternas y del entorno que han sido funcionales a las conductas disruptivas.

La neuropsicóloga Cecilia C. Ortiz, sostiene: “El que mata, da señales desde mucho antes”. Ante la figura legal de este caso de “homicidio por placer”, se pregunta si se mata por placer o por displacer. Qué mecanismo hace que, aún sabiendo que otro ser humano está sufriendo sin ofrecer resistencia ni peligro alguno, no se activen los mecanismos inhibitorios de la agresión dando rienda suelta a una violencia insaciable y salvaje.

“La cultura es un sostén simbólico al instinto puro”, dice Ortiz, nos permite percibir cuándo nuestra conducta está poniendo en peligro a otro congénere, ponernos un límite y parar. Konrad Lorenz, etólogo suizo, alertaba: “La agresión dentro de la especie es el más grave de todos los peligros”. Es agresión a uno mismo.

Cuando la persona sufre el displacer de no disponer de contención, de reconocimiento, de límites basados en el cuidado, el respeto y el amor, que le abrace y sujete las emociones, surge la angustia y su forma más despiadada es la agresión que circula sin control y se puede llegar a matar por displacer.

¿Cuál sería la manera de prevenir o reparar esta situación?

La educación, como primer paso para encarar el problema de la violencia en todos los ámbitos en los que se mueven los niños y adolescentes. Esto abarca a los entrenadores, autoridades, padres, maestros, dirigentes. Desaprender las creencias sobre la masculinidad y la violencia: **se puede ser hombre sin ser violento**. Siendo el rugby un deporte de contacto físico sería conveniente brindarles la ESI, Educación Sexual Integral con perspectiva de género.

Enseñar a niños y jóvenes a **gestionar sus emociones**. Que puedan reconocer lo que sienten, aprender a expresarse, comprender, nombrar y administrar sus emociones y sentimientos, tanto los positivos como los “negativos”, les brindaría recursos eficaces para desarrollar relaciones de apoyo y vínculos positivos.

En el caso de las **conductas de riesgo**, indagar en las causas subyacentes sería un modo de atenuarlas y prevenirlas. Sentimientos como la frustración, el enojo, el miedo, los celos abruman a los jóvenes y el hecho de no saber cómo lidiar con ellos sumado al abuso de alcohol, las drogas y la presión grupal pueden alentar comportamientos irracionales y violentos, lamentables.

Ayudar a los jóvenes al autoconocimiento, a reconocer y nombrar sus emociones es el paso inicial para indagar en el sentimiento que generó su conducta. Conocer cómo es su mecanismo frente al enojo o la angustia, por

ejemplo, reconocer qué cosas me enojan o angustian y qué hago cuando me enojo o angustio, de modo de poder integrar la emoción en el área afectiva, cognitiva y conductual. De esa manera, el adolescente podrá ir logrando autonomía emocional que, a su vez, elevará la autoestima, la confianza en sí mismo, minimizando las conductas de riesgo.

Destacar el rol primordial de los padres para el logro de la autonomía y de la madurez psicológica, al asegurar el afecto y apoyo que sus hijos necesitan en las distintas etapas evolutivas. Es necesario que pongan los límites adecuados a la edad de sus hijos, consensuando normas, explicando las consecuencias de cumplirlas o no unido a la responsabilidad, de manera que puedan ir generando conciencia y compromiso con lo permitido y lo no permitido, con sus errores y su logros, con sus habilidades y sus limitaciones. Es un gran trabajo educativo y formativo de los padres hacia los hijos (y viceversa), que implica asumir actitudes abiertas y empáticas, y adquirir hábitos de conversación cotidiana, de escucha, de negociación de normas y límites, de reconocimiento de lo propio y del otro, de aceptación, de conexión, de comunicación eficaz y de sanción adecuada cuando sea necesario.

En resumen, la enseñanza y entrenamiento de las **habilidades sociales**, brindarían

- **Asertividad** – capacidad de expresar adecuadamente lo que se siente, piensa y cree.
- **Autoestima** – Suma de confianza y respeto por uno mismo.
- **Dominio emocional** – Capacidad de sentir, entender, controlar y modificar estados anímicos propios y ajenos.

BIBLIOGRAFÍA:

- Psicologoscordoba.org “Rugby, violencia y masculinidades”
- “Gestionar las emociones” – Adela S. Cavia – LA NACION
- “Rugbiers asesinos: “El cerebro mata por (dis) placer” – Lic. Cecilia C. Ortiz
- “La inteligencia emocional” – Daniel Goleman
- Nota a Agustín Pichot – Sin Mordaza -